

Abriendo puertas

Jorge Alonso*

Vigo, 13/12/2007 — v1.0

Idea original: 9/9/98

La soldado caminaba por el pasillo. Toda esa nave serví sólo como almacén y archivo, y no había nadie en ella, excepto por el soldado de guardia. Era un chico normal tirando a guapo, sentado tras una vieja mesa situada en medio del pasillo, que buscaba liberarse del aburrimiento leyendo un libro. En cuanto vio entrar a la soldado, su rostro se animó. Por muy *best seller* que fuera, prefería el contacto humano.

—Hola —dijo ella, parándose ante su mesa.

—Hola —le respondió, dejando el libro y poniéndose en pie. La había visto otras veces, especialmente al formar a primera hora, pero nunca había tenido la oportunidad de hablar con ella.

El traje de camuflaje obligaba a hacer conjeturas sobre lo buena que estaba, pero Vicente apostaba que tenía un cuerpo de vicio. El nombre cosido en su uniforma ponía *Fabiola*, mientras que en el suyo ponía *Rodríguez*.

—Vengo a recoger unas carpetas del archivo, por orden del teniente Tobar —dijo ella, empezando a caminar hacia la puerta del archivo.

—Sí —dijo, abriendo el cajón y procediendo a recorrer con la vista los textos de las etiquetas de los llaveros, para saber cuál era la llave del archivo.

Cuando sacó la llave correcta, escuchó cómo la puerta del archivo se abría.

—¿Eh? —miró hacia la chica, que se sonrojó al devolverle la mirada. Pareció que iba a decir algo, pero debió pensárselo mejor y se mantuvo callada.

¿Cómo es posible?, se preguntaba Vicente, si la puerta estaba cerrada con llave (él mismo había comprobado todas las puertas en sus paseos para distraer el aburrimiento), y ella no tenía ningún tipo de llave.

—Esa puerta estaba bien cerrada. ¿Cómo lo has hecho? —preguntó, molesto.

Ella tardó en responder, con la vista clavada en el suelo.

—...Es un... truco.

—¿Un truco? ¿De magia?

—Sí; algo así.

Se quedó como un lelo mirando para ella.

—Pues vas a tener que explicármelo —empezó a decir él, pensando en si aquello podía meterle en un lío; pero se cortó al ver que ella se ponía más nerviosa, colorada, y con la vista bailando por el suelo. Antes de que pudiese añadir algo para intentar arreglarlo, ella habló.

—Es magia, pero no es magia... Verás, yo... Es un truco que aprendí, que descubrí que podía hacer, que podía abrir puertas que estaban cerradas con llave con sólo fingir que no sabía que estaban cerradas con llave...

Él no se esperaba esa respuesta, y no fue capaz de evitar decir:

—No me lo creo.

—Sí, verás —dijo ella, cerrando de nuevo la puerta—. Ciérrala con llave.

Ella ya no estaba tan nerviosa; de hecho, parecía más animada, como si se estuviese quitando un peso de encima.

Vicente decidió seguirle el juego.

Se acercó a la puerta, la cerró con la llave, y comprobó que, efectivamente, estaba bien cerrada. A través del resquicio pudo ver como el cerrojo metálico se movía y bloqueaba la puerta contra el marco.

Le hizo un gesto de *adelante*, y ella abrió la puerta como si nada. Como si nada.

A Vicente le quedó la boca abierta de la sorpresa. Joder, era un buen truco. Joder, era una pasada. Si fuera cierto que podía abrir cualquier puerta, era una habilidad muy valiosa... y muy comprometida.

—La has abierto —dijo, boquiabierto.

—Sí... Pero no se lo digas a nadie; ¿vale? Es un secreto, ¿eh?

*Mi correo es soidsenatas@yahoo.es, y mi página web es <http://es.geocities.com/soidsenatas/>.

—De acuerdo —consintió él, después de pensárselo brevemente.

—Bueno, necesito esas carpetas; el teniente debe estar impacientándose.

—¡Sí, claro, por supuesto! —se había olvidado de porqué ella estaba allí.

Justo antes de irse con las carpetas, ella se encogió de hombros, y dijo a modo de despido:

—Ya ves, soy... *especial*.

El soldado Vicente se quedó contemplándola mientras se iba. ¡Cómo se movía! Sí que tenía pinta de estar buena. Como un queso. Le dio un escalofrío. Dicen que la mili forja el carácter, que te haces un hombre. Lo que sabía con certeza es que con tanto hombre todos allí juntos, andabas siempre deseando agarrar una chica y darle un buen repaso. Él había roto con la novia antes de entrar en la mili; por culpa de la mili, y de las mutuas desconfianzas. Ahora ya no importaba.

Se sentó ante la mesa. Leer el libro era lo último que le apetecía hacer ahora. ¿Irse al baño un momento a desahogarse? Hmm.

Cogió el bolígrafo y se puso a jugar con él. ¿Podría ser él también un *especial*?

Se levantó y dirigió a otra puerta, que sabía cerrada con llave. ¿Por qué no? Probó a abrirla, intentando simular que no sabía que estaba cerrada con llave.

La puerta se abrió.

¡Joder!, ¡la puerta se abrió como si no estuviese cerrada con llave! ¡¡Joder!! ¡No puede ser!

Se quedó contemplando la puerta entreabierta, lleno de estupor. No..., no puede ser tan fácil.

¿Sería por culpa de la chica, que en cuanto entró las puertas se desbloquearon con su presencia?

(Unas asociaciones mentales le hicieron recordar un comentario que le había dicho un cabo: Que en el día de la jura de bandera, con el uniforme nuevo y todos desfilando en formación, cuando todas las chavalas del público los vieran, se les iban a abrir los coñitos y se pondrían a aplaudir con ellos.)

Sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos inapropiados, y concentrarse en el asunto que tenía ahora entre manos.

Quiso cerrar la puerta con llave, y tuvo que volver a la mesa y cogerlas del cajón. Cerró la puerta con llave. Se hizo el despistado y paseó adelante y atrás de la nave. Cuando volvió junto a la puerta, fingió estar atento en otra cosa, y probó a abrir la puerta.

La puta puerta se abrió.

Joder...

Se pasó unas dos horas yendo de puerta a puerta, con las llaves en una mano, practicando. Durante varios intentos, no volvió a lograrlo. Se concentró más en fingir ignorancia y, al final, logró dominar su poder. Se sentó tras la vieja mesa, con una sonrisa permanente incrustada en su cara. Joder, ¡lo que podría hacer ahora con ese poder! Iba a ser la ostia.

Horas más tarde, cuando Fabiola regresó a devolver las carpetas que se había llevado, él se levantó como si de repente la gravedad hubiese cambiado de sentido, y se colocó al lado de la puerta.

—Hola —dijo, sin ser capaz de aguantarse—. Como verás, esta puerta está cerrada con llave —y señaló con un dedo el resquicio de la puerta. Ella dejó las carpetas en la mesa y miró con atención.

—Sí, lo está —dijo, acercándose para abrirla con su poder.

—Ahora observa —y se concentró. No fue incapaz de evitar pensar que iba a hacer el ridículo delante de ella.

La puerta se abrió sin problemas.

Con una gran sonrisa, Vicente dijo:

—¡Ahora yo también soy especial!

Miraba alternativamente hacia la chica y hacia la puerta, colocando las manos como si fuese un mago que acabase de hacer un truco que impresionase a todo el público del teatro.

Entonces sintió un gran cuchillo atravesarle, justo debajo del esternón. No era exactamente un cuchillo cualquiera, más bien un tipo de daga ceremonial. La mano de Fabiola asía su mango. Ella le acababa de matar. El dolor era como una explosión creciente.

—Muere, *demonio* —la oyó decir, entre las burbujas de su dolor—. El poder de la Diosa está conmigo.

Fabiola contempló caer muerto al demonio. Sospechaba de él hacía tiempo, y al fin había tenido la oportunidad de comprobarlo. Una vez que el demonio lograba descubrir que no era un simple humano, y tomaba conciencia de todo el poder del que disponía, podía sembrar el caos con una gran facilidad. Y eran ellas, los *ángeles* de la Diosa, las destinadas a acabar con esta amenaza.

Ahora venía lo más difícil: Ocuparse del cadáver.